



puesto una cosa que llamaba y quizá creía útil al bien general, la quería á cualquier precio, no sólo sin procurar persuadir, sino á pesar de aquellos sobre quienes iba á recaer. Hace cortar millares de cabezas, porque cree un bien afeitarse; arranca los hijos á sus padres para arrojarlos en medio de la corrupcion de universidades lejanas, porque le parece útil la educacion extranjera; porque era ventajoso fundar á Petersburgo, sacrifica más hombres, víctimas de la fatiga y de las enfermedades, que los que le hubiera costado una sangrienta guerra, y puebla aquella ciudad y la de Taganrog arrebatando familias enteras á sus hogares y ocupaciones para llevar á una distancia de cien millas á morir en trabajos obligatorios y no retribuidos. Estableció infinidad de impuestos vejatorios sobre los más insignificantes objetos de consumo, y abusando los agentes subalternos de su poder ilimitado, distraian parte de los productos. Él mismo ejercía el monopolio del tabaco, del talco, del alquitran; daba al dinero el valor que le agradaba; era el único vendedor de licores, y el solo negociante con la China y la Siberia. Pudo improvisar su ejército con hombres á quienes pagaba un sueldo diario, y que á veces no recibían nada; hombres diezmadados por los errores de los generales, y á quienes cuando faltaban los víveres, se dejaba morir de hambre: y despues que habian servido veintin años, los enviaba á abrir canales.

No debe sorprender, que en un país donde el hombre era tan sólo una fuerza que utilizar ó que vencer, Pedro haya sido el único autor de su obra, sin que le ayudasen los grandes talentos de que se encuentra rodeado siempre un gran rey. Dícese, que la ferocidad de su carácter era necesaria para domar la brutalidad de la nacion; se alababa de haber «vestido como» hombres un rebaño de fieras; tememos, sin embargo, que por adular al rey, se haya calumniado la naturaleza humana, la cual sería muy desgraciada, si para ser conducida al bien necesitase de tales instrumentos.

Su mujer Eudosia, á quien repudió porque amaba las costumbres de su país, le habia dejado un hijo llamado Alejo, que despues de per-

manecer abandonado hasta la edad de trece años, fué confiado á los cuidados de Menzicof.

Este, habiendo alcanzado el favor particular del czar por algun mérito contraído, quiso reprimir al czarovich con ayuda de medios violentos, y le dejó entregarse á los estudios teológicos. Nombrado regente Alejo por su padre, aunque sólo en el nombre, cuando el último marchó á la guerra, le dirigió una carta en la que expresaba las quejas que arrancaban á los pueblos sus innovaciones. Descontento Pedro, le mandó que se casase con una extranjera, llevando siempre la idea de corregir los vicios nacionales con las virtudes exóticas; y su eleccion recayó en Cristina Sofia de Brunswinch-Luneburgo. Era ésta una jóven de excelente carácter, á quien su marido trató con la dureza que empleaba hasta en el amor; así es, que despues de haber pasado una vida de amargura, murió de sobrepardo. Siguió el czar cada vez más irritado contra su hijo, aumentando su enojo los muchos individuos que, ministros ciegos de su voluntad, veian peligrar sus bienes y su vida, si Pedro tenía por sucesor á un príncipe opuesto á sus ideas; sobre todo, le instigaba aquella voluntad de hierro que no reconocia ningun obstáculo, ora procediese de la naturaleza, ora de los hombres.

Pedro, como ya hemos dicho, habia conocido una huérfana llamada Catalina, hija de padres oscuros, que despues de haberse casado con un soldado dragon habia sido robada por Menzicof. Habiéndola visto el czar al lado de su favorito, se enamoró de ella y quiso poseerla. Aprendió aquella jóven la lengua del país, adoptó la religion griega, y supo con una docilidad absoluta cautivar el corazon de su amante, al paso que dedicaba todos sus cuidados á hacerse querer de los que la rodeaban. Dió dos hijas al czar, que la declaró solemnemente su mujer en 1711. Cuando despues tuvo Pedro de ella un hijo, se concluyó toda armonía entre Alejo y su padre. Este queria mejorar, es decir, cambiar las costumbres del czarovich, por temor de que si llegaba á sucederle, destruyera las innovaciones que le habian costado tanto y no tenían más base que su voluntad despótica; procuraba, pues, inspirarle



aficion al trabajo, y especialmente á la guerra; si no queria entrar en campaña, hubiera deseado que á lo ménos dirigiese el armamento de las tropas. Obstinándose el príncipe en no salir de su inercia, le amenazó con excluirle de su sucesion como se corta un miembro gangrenado. Alejo respondió, que sintiéndose débil de espíritu y de cuerpo, no se opondría en nada al cumplimiento de la amenaza de su padre, y que se limitaba á recomendarle su hijo. Esta era una renuncia, pero solo temporal; por otra parte, ¿quién sabia si un dia podria antojárseles á los rusos proclamar á Alejo y hasta sustituirle á su padre? Así pues, teniendo Pedro que marchar á nuevas guerras, dejó quien le vigilase, é informado de su carácter melancólico y de su trato con gente sospechosa, le intimó la orden de ir á unirse á él, ó encerrarse en un convento.

Alejo, en lugar de obedecer, huyó á Viena, donde su cuñado Carlos VI le acogió y asignó por vivienda el delicioso palacio de San Telmo de Nápoles. Inducido por las instancias de su padre á volver á Rusia, se declaró incapaz de sucederle; y Pedro destinó para que ocupase el trono al hijo del czarovich. Sin embargo, á pesar del perdon prometido, hizo buscar á las personas que pudieran haber aconsejado á Alejo la desobediencia á sus órdenes. Obligó, pues, poco á poco al príncipe á confesarse culpado, y á otros con él, de deseos, intenciones y quejas, que eran castigadas inmediatamente con la muerte: el mismo czarovich fué declarado reo de pena capital por ciento cuarenta y cuatro jueces. Cuando le anunciaron la sentencia, se sintió atacado de apoplejía; al volver en sí, quiso ver á su padre, en cuya presencia abjuró de sus errores, y espiró, despues de haberle pedido perdon.

Tal fué la relacion oficial; pero la voz pública acusó á Pedro de haberle muerto por su propia mano (sin recurrir al subterfugio de los inicuos procesos que deshonoran á las naciones civilizadas), y las personas sensatas creen que le hizo envenenar ó decapitar. De vez en cuando se sentía destrozado por los remordimientos, y exclamaba: *He vertido mi sangre*. Para calmarlos dió libertad á cuatrocientos presos, co-

mulgó tres veces en siete dias, y suplicó que le dedicasen oraciones en todas las iglesias. No por esto cambió de conducta; pues hizo azotar á Eudosia como cómplice de su hijo, y la encerró en un convento. Habiendo sabido que mantenía desde allí relaciones, acudió y exterminó á todo el que era acusado ó inspiraba sospechas. Hizo decapitar á un hermano de Eudosia, enroddar al arzobispo, aplicar el tormento, y despues empalar á Glebow, que se decia que era su amante. Este último, ántes de espirar, escupió en el rostro á Pedro, que asistía á su suplicio, y el emperador, habiéndole hecho cortar la cabeza, la enseñó él mismo al pueblo, profiriendo imprecaciones contra su víctima.

«En este año de la muerte de su hijo, Pedro proporcionó grandes ventajas á sus súbditos con el establecimiento de la policia general, desconocida hasta entonces, la introduccion de manufacturas y fábricas de todas clases, la creacion de nuevos ramos del comercio, la apertura de canales... Un teniente general de la policia de todo el Imperio, vigilaba desde Petersburgo para que no se alterase el orden. El lujo en los trajes y los juegos de azar fueron prohibidos; se fundaron escuelas de aritmética en todas las ciudades; se construyeron y dotaron casas para huérfanos y expósitos, se acabó con la mendicidad; se fijaron y uniformaron las pesas y medidas, como tambien las leyes... Los fanales que Luis XIV encendió por primera vez en Paris, iluminaron las noches de Petersburgo... El czar estableció un tribunal de comercio, con el objeto de que el favor fuese igual para todos los fabricantes y artistas. Un francés estableció una fábrica de hermosos espejos en Petersburgo, con ayuda del príncipe Menzicof; otro dirigió el trabajo de alfombras por el estilo de los Gobelinos; un tercero introdujo hilanderías de oro y plata. Pedro daba 30.000 rublos y todos los materiales é instrumentos necesarios á los que emprendiesen manufacturas de paños; de modo, que pudo con ellos vestir á sus tropas, mientras que ántes se llevaban de Berlin y otros países extranjeros. Fabricáronse en Moscou telas tan buenas como las de Holanda; y á la muerte del czar habia



ya en aquella ciudad y en Yaroslaf catorce fábricas de lino y cáñamo. Las minas de hierro fueron entonces explotadas mejor que nunca; se descubrieron algunas de oro y plata, y se estableció consejo de minas para examinar si convenia su elaboracion. Formó el plan del canal y las esclusas del Ladoga; niveló él mismo el terreno, rompiendo la tierra y llevándola; ejemplo seguido por la corte, que apresuró una obra considerada como imposible, y concluida despues de su muerte. El gran canal de Cronstadt, que con facilidad se deja en seco y en el cual se carenan y componen los barcos, fué empezado tambien en aquel tiempo, así como el que une el Mar Caspio al Golfo de Finlandia y al Océano.

»Mientras estos trabajos se ejecutaban á su vista, llevaba Pedro sus cuidados hasta el Kamschatka, é hizo construir dos fortalezas en aquel país, por tanto tiempo desconocido al resto del mundo. Entre tanto, ingenieros de su academia de marina, establecida en 1715, recorrian el Imperio trazando mapas exactos, á fin de que todos pudiesen ver la vasta extension de comarcas que el czar habia civilizado y enriquecido. El comercio exterior, que estaba en la mayor decadencia, cobró nueva vida; caravanas de Siberia fueron á traficar á la China; resultádoles grandes ventajas, volviendo de allí con oro, plata y piedras preciosas; el mayor rubí que se conoce, fué traído de la China al príncipe Gagarin, y adorna en el dia la corona imperial. El comercio marítimo condujo anualmente más de doscientos barcos á Petersburgo y fué aumentándose en la misma proporcion que disminuyó el que se hacia en Arkangel, situado demasiado léjos; el de la Livonia quedó como estaba. En general, la Rusia traficó con feliz éxito; de mil á mil doscientos buques entraban en sus puertos todos los años, añadiendo la utilidad á la gloria.

El padre del czar habia hecho redactar un código con el título de *Oulogenias*, el cual era insuficiente; y por esto Pedro lo desarrolló y mejoró para que se pudiese ordenar un cuerpo completo de leyes. El Tribunal de los Boyardos, que decidia en última instancia los asuntos contenciosos, y en el cual se entraba en consi-

deracion á la categoría y al nacimiento, fué abolido, para que dejase lugar á la ciencia. El emperador creó un procurador general con cuatro asesores en cada gobierno, los cuales debian velar sobre la conducta de los jueces, cuyas sentencias pasaban al Senado; y cada juez tuvo un ejemplar de la *Oulogenias*, con las adiciones y variaciones hechas. La mayor parte de sus leyes, estaban tomadas de las de Suecia; y no tuvo dificultad en admitir en los tribunales á los prisioneros suecos, instruidos en la jurisprudencia de su país, y que habiendo aprendido la lengua del Imperio, quisiesen permanecer en Rusia. En 1724 concluyó su nuevo código, y prohibió á los jueces, bajo pena de la vida, separarse de él.

La Puerta no veia sin temor el engrandecimiento de semejante vecino; pero deseoso Pedro de no ser inquilinato por aquella parte para poder asegurarse en el Báltico, se reconcilió con el divan mediante la paz de Constantinopla, cediendo á Azof y destruyendo á Taganrog; y quedó libre del tributo que los czares pagaban al Kan de los tártaros. Cuando despues en 1722 adquirió de la Persia á Derbent, y se encontró confinando tambien por aquel lado con los turcos, éstos temieron que una vez dueño del Cáucaso, lo fuese tambien en breve del Mar Caspio y del Euxino, y para evitar que estallase la guerra, fué preciso repartir las conquistas. En su consecuencia la Puerta obtuvo á Táuris, Erivan y otras plazas, al paso que la Rusia aseguró la posesion de las ciudades de Baku y Derbent, y de las provincias de Guialan, Mazanderan y Asterabad.

Hizo Pedro un segundo viaje á Europa con Catalina, á fin de instruirse y por miras políticas. Estuvo en Copenhague, Lubeck, Schwering, Holanda, Paris, tratándose con los reyes y excitando á un tiempo la risa y la admiracion con sus extravagancias y grandeza. Siempre ébrio, bárbaro con todos los que le rodeaban, convertia á su capellan en bufon, despues de haberle besado las manos al salir de misa. Del mismo modo obraba con la princesa Galitzin, á la que trataba peor que á un perro. Habia colocado al lado de la czarina damas ridículas y groseras, para mortificar á las que tenían



derecho de ocupar aquel puesto; de suerte que, mal vestida, sin elegancia ni modales, era la burla de la culta sociedad de la época. Por otra parte, Pedro, deseoso de ver cuanto podia sugerirle alguna mejora, prestaba interés á los más insignificantes pormenores. En Paris se le tributaron todo género de honores y obsequios; y habiéndose negado á admitir el alojamiento real en el Louvre por preferir una casa particular, fué tratado allí como si estuviese en la corte. Un dia que comia en casa del duque de Antin vió aparecer en los postres su retrato; al visitar la casa de moneda recogió una medalla que cayó á sus piés, y vió en ella su efigie con la leyenda: *Vires acquirit eundo*; en los talleres de los artistas le fueron ofrecidas las obras maestras; en la manufactura de los Gobelinos, en las platerias, en los almacenes, todo lo que encontró de su gusto le era regalado en nombre del rey; hasta la Academia le eligió como uno de sus individuos. La Sorbona le propuso que reuniese la Iglesia griega á la latina; á lo cual no accedió, pues queria ser papa y no obedecer á nadie. Cuando vió el sepulcro de Richelieu, exclamó: «Grande hombre, te hubiera dado la mitad de mis Estados con tal que me enseñases á gobernar la otra.»

Quiso visitar á una mujer que, como Catalina, sabia dominar á los dominadores, y permaneció algunos instantes meditabundo junto al lecho de la Maintenon, entonces enferma; en seguida se marchó, y Paris quedó maravillado de la singularidad y rara variedad de sus talentos, que harán siempre de Pedro un monarca digno de admiracion hasta la más remota posteridad, á pesar de los grandes defectos debidos á su origen bárbaro, á su país y á su educacion.

Habiendo muerto su último hijo varon, y quedando solamente el hijo de Alejo, Pedro hubiera querido transmitir la corona á una de las hijas que habia tenido de Catalina antes de haberse hecho público su matrimonio. Promulgó al efecto la primera ley fundamental del Imperio ruso, que da al soberano el derecho de elegir sucesor, é hizo prestar juramento de fidelidad al que designase; pero murió antes de haber tomado una resolucion con respecto á esto.

Las infidelidades de Catalina llenaron de amargura sus últimos años; pues no teniendo ésta ya nada que esperar, despues de haber sido coronada solemnemente (17 de Mayo de 1724), cesó de prodigar á su esposo aquella tierna asistencia que necesitaba. Habiéndola sorprendido el czar con un tal Moens, dió muerte al amante; pero no se atrevió á añadir el asesinato de la emperatriz al de tantos millares de hombres, al de su hijo, á las persecuciones contra su hermana y contra su primera mujer.

¿Abrevió Catalina sus dias? ¿Detuvo, para reinar sola, la mano que iba á dar en el testamento la corona al hijo de Alejo? El mundo lo ha recelado así: Pedro espiró á los cuarenta y tres años de reinado y contando cincuenta y dos de edad, con atroces dolores en la vejiga. El título de extraordinario le conviene mejor que el de grande. Tenia ya cincuenta años cuando se presentó en traje de batelera, bailando con su mujer una danza tártara; se le veia, seguido de doscientos músicos y de gente ébria, recorrer las calles de Petersburgo, introduciendo la orgía en las casas que visitaba. Cuando dormia, un oficial le servia de almohada. Perteneciéndole todo lo que el pueblo poseia, no exageró al decir despues de la paz de Nydstadt: «Hubiera podido continuar la guerra veintiun años más sin contraer deudas.» Hasta su familiaridad tenia algo de despótica y bárbara, como propia de un hombre á quien nadie habia contradicho. En su cólera maltrataba, no sólo á sus soldados, sino á sus íntimos consejeros, y no apreciaba otro mérito sino la ciega obediencia. El que sabia conseguir su favor por este medio, podia ejercer sobre los demas un absolutismo semejante al suyo. Menzikof, convicto varias veces de robo y concusion, fué siempre absuelto. Como se trabasen de palabra en el Senado este favorito y Chafirof, acusándose mutuamente de los mayores desafueros, Pedro les impuso á cada uno una multa de 10.000 rublos por la falta de respeto; despues mandó se hiciese una indagatoria sobre sus recíprocas inculpaciones; y antes de que se decidiese el asunto, despojó á Menzikof de sus bienes y le impuso un castigo corporal. Condenó á Chafirof á muerte; pero



cuando su cabeza se hallaba ya colocada bajo la cuchilla, le perdonó en consideración á sus servicios y le mandó á Siberia.

La obra de Pedro está á la vista de todo el mundo; es ese imperio ruso que amenaza á la Europa. A fin de que no pereciese con él, trazó á sus sucesores la línea de conducta que habia observado y que debian seguir. Véanse sus prescripciones: «Hacer todo lo posible para dar á los rusos las formas y costumbres europeas; mantenerse constantemente en pié de guerra; extenderse por todos los medios hácia el Mar Negro y el Báltico; comprometer á la casa de Austria á arrojar á los turcos de Europa, y con tal pretexto sostener un ejército permanente; establecer astilleros en el Mar Negro y adelantarse hasta Constantinopla; unirse estrecha-

mente con la Inglaterra, que favorecerá los progresos de la marina rusa y le ayudará á dominar en el Báltico y el Euxino; persuadirse de que el comercio de la India es el del mundo, y de que el que le tenga en su mano es dueño de la Europa; mezclarse en las disputas de Europa y sobre todo de Alemania; fomentar los celos de la Inglaterra, de la Dinamarca, del Brandeburgo contra la Suecia, y la anarquía en Polonia, hasta que ésta y aquélla sean subyugadas; sacar partido del sentimiento religioso de los griegos cismáticos diseminados por la Hungría, la Turquía y la Polonia Meridional; irritar entre sí las córtes de Francia y Viena, y aprovecharse de la recíproca debilidad para ganar todo.»

CAPÍTULO XX

Italia.—Dominacion española. (1)

La Italia se detuvo; y el momento en que una nación se pára está muy próximo al de su decadencia. Los extranjeros impulsaron la de la Península; y mientras que los estados italianos miraban con temor su recíproco engrandecimiento, cayeron sobre ellos cogiéndolos desprevenidos, y consumaron la desgracia de todos.

La autoridad absoluta de los antiguos tiranuelos habia causado opresion, pero no envilecimiento, pues se creia ver ó se encontraba en ella cierta legitimidad. Pero entonces la dominacion no se fundaba ya más que en el hecho; y la victoria habia sometido irremisiblemente los territorios de Nápoles y la Lombardia á los españoles, y el de Florencia á los Médicis. Los políticos italianos habian deseado que una mano robusta curase con el hierro y el fuego las llagas fistulosas de su país; querian un príncipe que reprimiere á los pequeños señores con la astucia y la fuerza; que emplease una justicia severa é igual, que estableciese leyes dirigidas á promover el bien público, haciendo que éstas imperasen y no el capricho de los hombres. Su deseo se vió cumplido, pero resultaron mayores males; el principado no produjo la unidad, ni la tiranía trajo en pos de sí el sosiego; el comercio, en vez de florecer con

la terminacion de la guerra, sucumbió; en lugar de la calma, vino la desolacion; setenta años de paz (1559-1629), lejos de reparar los desastres pasados, los exacerbaron; se agotaron los manantiales de la riqueza; una opresion sistemática sucedió á las violencias de la guerra; ésta concluyó sin producir la tranquilidad, pues recorrían el país mercenarios rapaces ó soldados extranjeros, que sembraban en él la pobreza y la peste. En todas partes no se contemplaban más que necesidades de los príncipes y miseria de los pueblos: el principal interés de aquéllos era exigir grandes contribuciones; éstos se sentían afligidos, especialmente por el temor de morir de hambre. De aquí provinieron las sublevaciones de Milan, Palermo, Fermo, y las casi anuales de Nápoles, las prohibiciones de exportar, la tasa en el precio de los artículos, y la institucion del prefecto de los víveres en Roma.

El gobierno, que oprimia á la plebe, permitía el renacimiento del feudalismo; y los barones, á quienes el apurado erario habia vendido un feudo, daban libre rienda á sus antojos, resguardados por sus castillos, presentándose seguidamente en la córte con una comitiva que revelaba más la amenaza que el honor: la campaña de Roma estaba molestanda por bandidos, mientras que en el recinto de la ciudad los príncipes y los embajadores fomentaban el delito, pretendiendo la inmunidad de sus palacios.

(1) Seguimos á Cantú en esta época, porque contiene relaciones y datos de una importancia, dignos de ser reproducidos.